

A black and white close-up portrait of John Cage. His face is the central focus, with his eyes looking directly at the camera. Overlaid on his face is a white musical staff with a treble clef on the left. The name "John Cage" is written across the staff in a large, white, serif font. Below the staff, the words "o el placer" and "del vacío" are written in a smaller, white, serif font, with a musical note and a fermata symbol integrated into the text.

John Cage

o el placer  
del vacío

ROBERTO CALASSO  
(Traducción de Valerio Negri)

Son casi veinte años que veo abuchear a John Cage: antes en Darmstadt, donde le abucheaban los adeptos mismos de la Neue Musik, asustados por su intrusión que arruinaba todas sus bellas estructuras (y de hecho su llegada marcó el fin de Darmstadt, que desde entonces ya no fue el lugar de la nueva música); luego en festivales y conciertos en varias ciudades de Europa.

**L**e abucheaban colegas resentidos y damas distinguidas, intelectuales orgánicos y exponentes de la vanguardia moderada, burocratas céreos y defensores de los valores. En cambio, los pocos que le aplaudían eran, en gran parte, aquellos que hacen algo porque piensan que *se tiene* que hacerlo; en menor número, aquellos músicos y aquel auditorio que estaban agradecidos con Cage por el leve soplo hilarante y disolutivo que supo hacer circular entre los sonidos. No le aplaudían, por lo tanto, solamente (o en primer lugar) como compositor.

Cage, de hecho, es ante todo *un inventor* (como supo ver su maestro Arnold Schönberg). Y su invento específico ha sido el de introducir discretamente, infantilmente, un poco de vacío en la música, y por lo tanto en nuestra vida. Ahora, aquel vacío tiene para todos nosotros una función saludable, como una brisa para un asfíctico. Porque una de las enfermedades más graves que padecemos es la del lleno: la enfermedad de quien vive en una continuidad mental ocupada por un torbellino de palabras entrecortadas, de imágenes tontamente recurrentes, de inútiles e infundadas certezas, de temores formulados en sentencias antes que emociones. Todo esto produce muchos desastres –pero sobre todo uno, del cual se derivan los demás: la falta, la incapacidad de atención–.

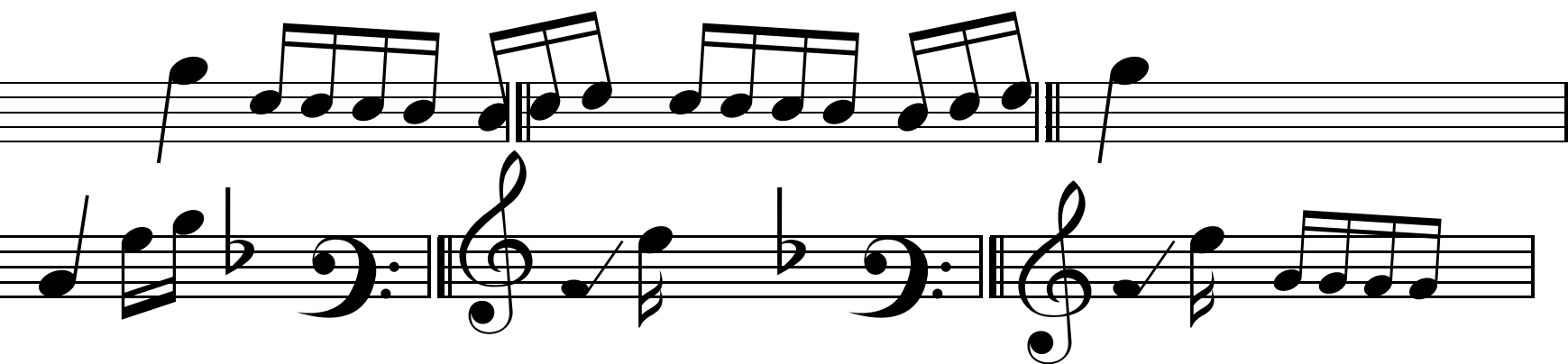
Cage, en el fondo, no dijo nada tan desconcertante como la siguiente obviedad: que la música es el mundo del sonido, por lo tanto algo que no empieza y no termina en la sala de concierto sino que nos acompaña en cada instante de la vida. En una habitación acústicamente aislada no escuchamos el silencio (que es, en todo caso, una categoría metafísica) sino el *casi* imperceptible sonido de la circulación

de nuestra sangre. Cage ha invitado a su auditorio a fijar su oído en esta realidad.

Sin embargo, para hacerlo, no se precisa tanto ejercitar el oído cuanto la mente para construir en su interior un poco de vacío en el cual acoger los sonidos. Esta pacífica propuesta puede fácilmente provocar reacciones violentas, porque a su propio lleno muchos están patéticamente adheridos (de lo contrario –temen con razón– no sabrían a qué aferrarse). Por este motivo, creo, Cage es abuchado tan a menudo.

Pero la demostración perfecta, paradójica, y tal vez insuperable de este mecanismo la he visto sólo ahora, en el reciente concierto de Cage en el Lírico de Milán. Un público de quizás dos mil personas, en su mayoría entre los quince y los treinta años (los intelectuales más maduros no estaban presentes, evidentemente consideraban la función no digna de su atención), se había agolpado para escuchar a este nombre legendariamente “crítico” y “alternativo”. Pero de él no debían de saber, o de haber entendido, mucho más que el nombre. De hecho, después de pocos minutos, el espectáculo se transformó en un psicodrama galopante, que tenía como su objeto tácito las ganas de darle una paliza al ilustre músico.

Cage, solo en el escenario, atento y concentrado en una incongruente lectura de sílabas, logró provocar un *black-out* por dos horas y media sobre dos mil espectadores, hizo que se revelaran a sí mismos como ningún psicoanalista, como ningún pedagogo político sabría hacerlo jamás. Si tanto querían expresarse, debo admitir –¡ay de mí!– que lo lograron. Y ¿qué cosa expresaron estos jóvenes de todas las tendencias, de todas las desviaciones, de todas las marginaciones, de todas las diferencias? Antes que nada revelaron su



odio hacia lo que es *realmente* extraño. Porque Cage es precisamente una de las raras personas realmente extrañas que se pueden encontrar. De por sí por su apariencia, por su gesto, por el estilo, por ejemplo, de su invencible carcajada, que tiene un ruido de hojas secas. Luego revelaron, teniendo por dos horas y media la total disponibilidad de un teatro, lo que es su teatro mental: con inventos verdaderamente trillados, muy alejados de aquella ironía que sin embargo deberían de haber redescubierto.

En fin, utilizando todo lo que encontraban a su alrededor como percusión, crearon momentos de verdadera fusión tribal: pero era como un dilatarse del espíritu del “juntemos las mesas” en los hostales montanos durante los días de lluvia. Con la añadidura de una violencia explícita que emanaba momento tras momento, nutrida por una cordial solidaridad en las ganas de golpear a quien de cualquier modo no hubiera podido defenderse. Así que muchos parecían invocar no precisamente la habitual quimérica liberación sino una más uniforme, y por lo tanto más equitativa, opresión. En cierto punto, un grupo de una decena de muchachos se amontonó alrededor de Cage. Uno intentó vendarlo con una tira negra –y temo que no supiera que en aquel momento repetía un gesto antiquísimo con el cual el músico es elegido como *pharmakós*, víctima fascinadora y miasmática, que debe ser expulsada de la ciudad, según relató Platón en *La República*–. Era el gesto simbólico de la paliza. No le pegaron porque Cage –aunque a pocos centímetros– en su inflexible quietud siguió actuan-

do como *El ángel exterminador*. Pero los gestos simbólicos, es sabido, significan siempre *un poco más* que los hechos. Al final de la pieza, Cage se levantó de su silla, se inclinó ante el público y abrazó sonriendo –con su admirable sonrisa *vacía*– a los dos muchachos que tenía más cerca. Luego salió entre el estruendo de los aplausos de los muchos que le habían injuriado y de los pocos que le estaban agradecidos por haber provocado este pequeño y atroz juego de la verdad.

El inerte había desarmado a las multitudes enardecidas. Y creo que en ese momento se ganó la admiración de alguien que hasta un poco antes lo había mirado, tontamente, como a un enemigo. Tal vez sólo en ese entonces nos dimos cuenta de que todo se había desarrollado como en *El ángel exterminador* de Buñuel: las puertas estaban abiertas, pero hasta el final nadie había logrado irse (y habría sido una reacción razonable ante un espectáculo de tan exasperante monotonía). Varios cientos de personas habían mirado, hipnotizadas, a aquel hombre solo sentado a su mesita, los insultos le habían atravesado como a una hoja transparente, habían rebotado y habían ilustrado a todos lo que profundamente deseaban: cosas más bien tristes.

De todos modos, aquellos espectadores no querían el tenue soplo de vacío que acompaña a Cage: demasiado llena de escombros verbales estaba su mente para que pudieran reconocer que se encontraban en presencia de algo que tal vez no habían encontrado nunca: una persona sin hostilidad alguna hacia ellos, carente de rencor en general. ●